



**TORINO 2024**  
13° raduno  
internazionale 

## TESTIMONIO 19 DE JULIO DE 2024

### Felipe e Pilar Caballero-Hernández

**P** Muy buenos días. Somos Felipe y Pilar Caballero-Hernández y estamos muertos del susto y con las piernas temblorosas, de hablar ante un auditorio de tantas personas y además haciéndolo de una manera en el que debemos desnudarnos ante ustedes tal y como somos, sin matices, sin historias heroicas, sino desde nuestra pequeñez y desde nuestra fragilidad exponiendo nuestro corazón, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, respecto a nuestras historias de vida

Hemos sido invitados a Turín para entregarles nuestro testimonio. Una historia que, como una montaña rusa, está llena de altos y bajos con dolores y alegrías, fracasos y éxitos, decepciones y perseverancia, rechazos y acogida, resiliencia, encuentros y satisfacciones. Somos como el café con leche: Yo, la dosis extra de cafeína, y Pilar el toque dulce que intenta equilibrar este torbellino de locura que llamamos amor.

¿Cómo logramos convertir una historia de dolores y caídas en una fuente inagotable de amor y redención? La respuesta es simple. Con el milagro palpable de Jesús en medio de nuestra relación que con la presencia y la ayuda de varios instrumentos de los que se valió, fuimos llevados a uno de los apostolados de los Equipos de Nuestra Señora y después conseguimos ingresar a los Equipos De Nuestra Señora.

**F** Nosotros somos colombianos, con matrimonio civil hace 33 años y matrimonio católico hace 20 años tenemos 2 hijos Nicolás y Mariana de 31 y 29 años. Pilar es bacterióloga y yo soy medico Especialista en Cirugía General. Antes de casarme con Pilar, tuve un matrimonio católico, del que nació una hija, Paula que hoy tiene 40 años.

Hasta un año y medio antes de conocer a Pilar, mi vida estuvo marcada por la esclavitud hacia las sustancias adictivas y el alcohol. Situación dolorosa y devastadora que me acompañó por más de 15 años. Mi decisión de cambiar y buscar ayuda era recurrente pero siempre superficial y efímera. Fue necesario transitar por situaciones límites, dolorosas y maltratantes en mi vida como la muerte de mi madre, poner en riesgo mi vida y la vida de mis seres queridos, perder a mi hermano menor, estar al límite de perder la posibilidad de seguir ejerciendo como Cirujano General y situaciones de muerte espiritual, para que finalmente aceptara recibir una ayuda profesional especializada fuera de mi país para el tratamiento de mi adicción.

**P** Por otro lado, antes de converger en nuestros caminos, yo traía el peso de una historia igualmente dolorosa. Estando muy pequeña, viví la separación de mis padres y debido a sus particulares características personales y emocionales, mi vida no continuó con ninguno de ellos, sino que por decisiones que se escapaban de mi entendimiento, mis cuatro hermanos y yo fuimos repartidos entre nuestros familiares, cada uno en un hogar diferente. Yo crecí en una familia sui generis, conformada por mi madrina y sus dos hermanas solteras que, aunque estoy convencida, dieron lo mejor de ellas

para brindarme soporte emocional, educativo y afectivo, nunca pudieron llenar el vacío existencial de sentirme sola y abandonada.

F Uno de los fracasos que produjo mi conducta inapropiada y esclavizante hacia las drogas fue la separación de mi primera esposa. Matrimonio que se llevó a cabo en los momentos más difíciles de mi consumo y sin tener la menor consciencia de la responsabilidad tan grande que estaba asumiendo. Durante mi tratamiento, en los momentos de mayor confrontación terapéutica, pude contar afortunadamente con el soporte cariñoso de un sacerdote católico, también adicto al alcohol y siguiendo un tratamiento en el que fue dispensado de consagrar con vino, hombre que desde su propia fragilidad me guio amorosamente a dar mis primeros pasos espirituales hacia una búsqueda honesta de Dios. Recuerdo estar siempre dispuesto con entusiasmo y alegría a todas sus sugerencias pues en su debilidad y en mi propia fragilidad, yo sentía la fuerza infinita del amor de Dios hacia mí. Al llegar nuevamente a mi país, para enfrentar la vida desde la inestable y peligrosa condición de "recién recuperado", rápidamente construí "mi pequeño altar" el cual todavía hoy sigue siendo mi espacio preferido para encontrar paz, cercanía y soporte en mi camino de abstinencia y sobriedad.

Pasados estos años grises de nuestra vida y en mi caso siempre con la conciencia que solo con voluntad, perseverancia y Fe podía continuar siendo abstemio como lo he sido desde que la vida me dio esa segunda oportunidad, (porque adicto una vez, se es para toda la vida), nuestros caminos se cruzaron. Nos conocimos en una de las clínicas más grandes de nuestra ciudad cada uno ejerciendo su profesión.

P Recuerdo nuestros primeros encuentros en los que casi de inmediato el corazón se me trataba de salir del pecho; su imponente figura (¡¡por lo menos para mí!!) que llenaba todos los espacios donde se encontraba, su voz profunda, su risa, sus manos grandes y fuertes me tenían cautivada.

F Por mi parte su alegría y frescura, su gracia al andar, su sonrisa, y por, sobre todo, su belleza y sencillez me encantaron y como si nuestra historia ya estuviera escrita, sentíamos que ya no nos volveríamos a separar. Todo fue muy rápido, alimentado por nuestra mutua atracción y paradójicamente, por nuestro pasado que nos unía y nos hacía más fuertes juntos. Fue así como al mes de conocernos, prácticamente ya vivíamos juntos pues compartíamos todos los minutos de nuestra existencia que nos parecían pocos.

P Como el amor estaba presente, imperfecto pero evidente, decidimos casarnos seis años después de habernos conocido, y lo hicimos en una ceremonia civil en Ciudad de México. Después de nuestros votos ante un juez, nos trasladamos a San Miguel de Allende para disfrutar de nuestra luna de miel. Caminamos con mucha alegría a la Parroquia de San Miguel Arcángel, buscando la protección y bendición del Señor y de la Virgen por nuestra unión pues en el fondo de nuestro ser a pesar de sentirnos rechazados por la Iglesia, con el dolor de no poder participar de la eucaristía y sintiéndonos marginados y señalados, sentíamos que Dios y Nuestra Madre nos miraban con amor a pesar de nuestros defectos y nuestros altibajos. Este momento tan profundo y conmovedor, fue nuestro matrimonio "religioso" entre comillas, que marcó durante muchos años nuestra vida de Fe y unión espiritual al lado de nuestras visitas clandestinas a las iglesias lejanas de nuestro hogar, donde no

teníamos la posibilidad de ser señalados o rechazados como muchas veces lo fuimos por sacerdotes que conocían nuestra condición de casados civilmente y en mi caso de separado vuelto a casar. Era duro luchar para tratar de ser miembros de una iglesia de la que queríamos ser, pero no nos sentíamos parte.

Paula, hija de mi primer matrimonio y motor de mi recuperación, y luego nuestros hijos, Nicolás y Mariana, que llegaron un tiempo después de nuestra unión civil, fueron bautizados, hicieron la Primera Comunión y se Confirmaron, pues nosotros queríamos brindarles una educación en la que Cristo estuviera en sus vidas. Asistíamos regular y permanentemente a la misa dominical, en donde cada vez nos confrontábamos con la dolorosa realidad de no poder recibir la eucaristía. Fueron varias las ocasiones en que fuimos regañados y desconsolados en el Sacramento de la Confesión. En muchas ocasiones nos sentimos rechazados y cuestionados de una manera dura e injusta incluso por algunos amigos quienes nos recordaban que nosotros no podíamos tener la Comunión, muchos fueron los enfados y frustraciones, sintiéndonos excluidos y católicos de otra categoría.

Aunque por mi parte nunca recibí una educación religiosa profunda ni en el colegio, ni mucho menos en la familia, en el fondo de mi corazón siempre tuve a Jesús conmigo y me sabía bendecida y privilegiada por su infinito amor. En mi niñez, mi adolescencia y mi juventud su presencia en mi vida, que yo no alcanzaba a percibir del todo, fue milagrosa y llenaba los dolores que generó mi historia familiar. Hoy sé que siempre camine de su mano por esas cañadas oscuras en las que cada día se me fue revelando más, en la medida que yo me entregaba y abandonaba desde mis fragilidades.

Al principio de esta puesta en común, les decíamos que nuestra historia es ante todo una historia de perseverancia en el que se obró un milagro. ¿Por qué Milagro?

Un milagro es un acontecimiento extraordinario causado por el poder de Dios que lleva a la restauración de la vida por encima de las limitaciones humanas e incluso en contra de prejuicios y eso fue lo que sucedió en nosotros. En ese deseo que teníamos en el corazón estábamos ávidos de vivir más de cerca una experiencia de fe por lo que estábamos atentos para captar cualquier señal que nos condujera en esa dirección. Con esa sensibilidad fue que vimos que algunos padres del prejardín infantil al que llevábamos a nuestros hijos, hablaban de unas reuniones de equipo. Indagamos de qué trataba esa experiencia.

Al enterarnos con más detalle, con mucha decepción nuevamente encontramos que se nos cerraban las puertas pues a ese espacio privilegiado de los ENS, nosotros no podíamos acceder por ser una pareja solamente casada civilmente y con impedimento para recibir el sacramento del matrimonio. El dolor y la frustración fueron muy grandes. No solo nos sentíamos rechazados por la iglesia sino rechazados por nuestros propios amigos. Definitivamente éramos cristianos de segunda categoría; una realidad dura que tendríamos que aceptar cargando con un estigma que dejaba heridas profundas difíciles de sanar.

Sin embargo, una luz surgió en la oscuridad. Una pareja de estos amigos del colegio de nuestros hijos nos dijo que ellos conocían de cerca una experiencia de conyugalidad, en la que trabajaban unas

parejas de los ENS, acompañando a parejas separadas vueltas a casar, lo llamaban apostolados. Fue así como nos dieron las coordenadas de unos verdaderos apóstoles (hoy ya entendemos el verdadero alcance de esta palabra), que se convirtieron en nuestros padrinos espirituales y en seres que marcaron nuestra vida. Ellos nos acogieron con mucho amor, invitándonos a que asistiéramos por primera vez, a una reunión de información, de "Amor en pareja". A esa reunión asistieron varias parejas de los ENS mostrándose llenos de amor, y compasión y otras parejas que tenían nuestra misma condición de separados vueltos a casar. Pilar y yo nos alegramos profundamente de encontrar un espacio por primera vez, en el cual la oración, el apoyo mutuo y el crecimiento espiritual fortalecerían nuestra relación que hasta ese momento era frágil e inconstante con Dios.

F Al no poder recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, nuestra condición de 'separados y vueltos a casar' nos llevó a luchar como pareja y en forma mancomunada, y poder alcanzar el anhelado Sacramento de la eucaristía. Por fin, la decisión se hizo realidad. Iniciamos el proceso de solicitud de declaración de nulidad del matrimonio en el que veíamos que tenía muchas condiciones de ser inválido, proceso que llevamos a feliz término, si cabe la expresión, obteniendo así la nulidad de ese vínculo. Luego de lograrlo, nuestros 3 hijos como pajecitos, algunos compañeros de los ENS, familia y amigos, nos acompañaron como testigos de primera línea, de nuestro 'sí' definitivo ante Dios recibiendo el anhelado Sacramento del que ya no éramos ignorantes, sino que conocíamos y deseábamos desde lo más profundo de nuestro ser.

Pilar y yo recibimos con entusiasmo, fervor e impacto maravillosos, lo anhelado durante tantos años de lucha. Fue para los dos un momento sublime. La eucaristía fue el centro de todo nuestro ser y nuestro espíritu. La habíamos luchado y lo habíamos logrado. No habíamos recibido el Sacramento, nos lo habíamos ganado en un camino de lucha y de redención. Jesús se nos había revelado a los dos y ya éramos tres. Empezamos a percibir realmente y de una manera diferente, su presencia en nuestro espíritu y en nuestro interior.

Desde ese momento nuestras vidas nunca volvieron a ser iguales. Llegábamos a nuestra misma casa, a la misma cama, a nuestro mismo entorno, pero con la gran diferencia de que en medio de los dos se fue revelando poco a poco la figura de nuestro Señor. A medida que su presencia fue cada vez más grande, nosotros íbamos entendiendo que debíamos ser cada vez más pobres, humildes y pequeños, la vivencia eucarística ha actuado como un bálsamo que ha ido aliviando nuestras heridas emocionales más profundas. El poder reconocer a Dios en el otro ha fomentado el respeto mutuo, la generosidad, la compasión, la alegría y la misericordia, generando en nuestras almas una actitud de perdón. La oración conjunta se ha ido convirtiendo en un lenguaje único que ha unido poco a poco nuestros corazones como nunca lo habíamos vivido, en esos momentos de recogimiento compartido nos hemos sumergido en un espacio sagrado, el cual nos ha enseñado que no solo es un acto de comunicación con Dios, sino un medio para comunicarnos profundamente entre los dos, haciéndonos una sola carne, revelando nuestros anhelos, esperanzas y gratitudes que tal vez de otra manera, no las podríamos expresar.



Éste legado que nos transformó y nos redimió tan amorosamente es aquel que hoy en día tratamos de transmitir a nuestros hijos y a la sociedad a la que pertenecemos; es el logro más importante que hemos obtenido como pareja y como miembros activos de los ENS que fueron instrumentos de sanación.

Nunca dejemos de actuar, de comunicar y de ayudar a sanar teniendo siempre como lo dice el papa Francisco, la conciencia y la decisión de ser hospital de campaña, saliendo al encuentro de quien nos necesita.

Nosotros somos testigos privilegiados de ese milagro.

Muchas gracias por su paciente y respetuosa escucha.

